

arrojar las muletas, como la tremenda decisión de no recargarnos en los demás, como soltarnos. Soledad como renuncia a la "mala conciencia", a cerrar los ojos, a hacernos tontos. Soledad como momento de lucidez al saber que nadie siente por ti, que nadie va a *vivir* por ti. Soledad al asumir y decidir hacerte cargo de tu vida.

"Un niño de seis años llamado Felipe vivía con sus padres en un hotel, propiedad de unos parientes. Toda su vida había sido cuidado asiduamente por aquéllos. Ni por un

momento había estado solo. Pero un día, jugando en el jardín, apoyó las manos en un bebedero para pájaros encalado de blanco y observó el fondo del agua musgosa que reflejaba el cielo. Con un sobresalto miró hasta arriba y vio el cielo por primera vez, como si por su reflejo se hubiera iniciado en la conciencia de su realidad. Entonces comprendió, en un momento de sofocación —que fue también un momento liberador—, su total contingencia y soledad en el mundo. Supo que de ahí en adelante no podría recurrir a

alguien y que nadie podría recurrir a él de ningún modo que torciera la trayectoria del proyecto vital que acababa de elegir, que ahora sabía que ya había elegido (si bien, desde luego, faltaba aún llenar los detalles). Su madre lo llamó avisándole que la comida estaba lista y él entró en la casa, pero sabiendo por primera vez que ya no era el niño de su madre sino su propia persona. Lo que importa es que Felipe no habría podido decir a ningún miembro de la familia una sola palabra sobre esta experiencia sin que la hubieran distorsionado trasladándose a los términos *de ellos* o convirtiéndola en un chiste sobre *su* niño."³

Paradójicamente, al negar la soledad, al huirle, al pretender que no estamos solos, al no pasar físicamente ni un rato solos, no estamos asumiendo nuestra condición de seres separados ni autónomos, y probablemente *nos sintamos solos*. Castigados, sin saber por qué, cada vez que nos alejamos, por poco que sea, de los nuestros.

Hacer luz sobre esta realidad de inmensa envergadura es una tarea urgente. Las mujeres jefas de familia (la mayoría separadas o abandonadas) vienen cumpliendo un conjunto de roles de manera invisible y en la más absoluta ignorancia de la sociedad. Las propias mujeres viven su caso de mujer sola o de proveedora, como una excepción, como una rareza más personal que colectiva; algo que sale de la norma, aun cuando se constata que constituye un fenómeno masivo.

La invisibilidad de este hecho viene justificando que las políticas económicas y sociales no asuman como tareas prioritarias esta realidad de millones de mujeres con el objeto de facilitarle la vida y que ellas mismas no se organicen para presionar a las autoridades.

Las políticas laborales privilegian las fuentes de trabajo para el hombre, quien es visto como el proveedor de su familia; las políticas previsionales parten de la base que el marido asalariado le aportará a sus dependientes los beneficios de jubilación y prestaciones médicas; en el ámbito legal, la mujer casada es vista como minusválida; la patria potestad sigue estando en manos de los hombres y el divorcio sigue siendo un tema tabú. Pero es el ámbito cultural el que envuelve y justifica todos los demás; ahí la mujer es "de su casa", tiene la obligación de velar por mantener a su hombre satisfecho y bien cuidado (viene cansado del trabajo) y debe ser una buena madre que vela en forma directa y constante sobre su hogar y sus hijos. El que no lo haga, es vivido por las mujeres como un fracaso personal y constituye una falla suya que merece sanción social.

Es hora que se entienda que las crisis de los hogares, las crisis de las parejas, los niños golpeados o drogadictos no son un subproducto de la liberación femenina, sino de sucesivas crisis económicas donde el peso de la carga queda mal distribuida. La famosa "feminización de la pobreza" es una realidad y también lo es que el enorme peso de la carga de los hijos lo están llevando las mujeres, ya no sólo como madres sino también económicamente. A pesar de esto, sólo el vilipendiado feminismo se juega por descorder estos velos y presionar para que los hombres asuman responsabilidades dentro de sus hogares.

Todo esto debe ser reconsiderado, analizado y reformulado, y no sólo porque la presión ejercida sobre las mujeres es injustificable. Si casi la mitad de los hogares de América Latina tienen por jefe a una mujer, no estamos viviendo en el mundo que creemos y estamos errados en el diagnóstico y en las soluciones. Es hora de asumirlo y de empezar a construir sobre esa nueva realidad.

SONETO VII

*Clavé mi rostro en el muro
y lo dejé claveteado.
Por la cual multiplicado
en el muro blanco y duro.*

*Mi rostro estaba maduro,
terriblemente enclaustrado,
terriblemente blanqueado
y trágicamente puro.*

*En un clavo suspendido
dejé mi rostro dormido.*

*Lo dejé adormilado,
por el espejo guardado.*

*Mi rostro estaba en creciente.
Voló una paloma ausente.*

PITA AMOR (1983)